

# Tres Notas sobre el existencialismo

*Por Enrique González Rojo*

## SHERLOCK HOLMES Y GABRIEL MARCEL

En los últimos años de su vida, Sherlock Holmes se "pescó" teniendo fuertes inquietudes místicas. Cambió su nombre, se disfrazó con la habitual destreza, y, sin que nadie lo sospechara, se convirtió en el primer existencialista francés. Desde entonces se le llamó con el modesto apelativo de Gabriel, como nombre de pila, y Marcel, como apellido. Indiferente en un principio a toda religión, Holmes, abrazó, incitado por Mauriac, el catolicismo. Un poco a escondidas, también ejerció el espiritismo en calidad de médium -como puede leerse en su "Du refus a l'invocation". La preocupación central de Holmes, bajo su nueva forma de Gabriel Marcel, fue la de encontrar "el misterio ontológico". Ya estaba fatigado de los "problemas mundanos". Ya había resuelto los más complicados rompecabezas de hechos. Hoy se le presentaban dos pistas; una falsa (denominada "pista problemática") otra verdadera (llamada pista "misteriosa"). La falsa estaba construida por la técnica, el enjuiciamiento, el orgullo y la abstracción. Siguiendo esta pista Holmes se tropezaría con dos "peligros"= el freudismo y el materialismo histórico. La pista verdadera estaba integrada, por lo contrario, por el "sentido ontológico", la esperanza auténtica, el recogimiento, la presencia y la fidelidad. Esta "pista misteriosa" era seguramente la que, con cautela, se debía tomar; pero, he aquí la primera gran dificultad; "no es posible trazar una línea limítrofe entre el problema y el misterio", dice Holmes por boca

de Marcel. "Un misterio puesto ante la reflexión tiende inevitablemente a degradarse en problema". Las pistas se hallaban confundidos; si uno tomaba la "pista misteriosa", podía ir a parar, cuando menos lo pensara, a la "pista problemática". ¡Qué encrucijada! "Algo digno de Holmes", se dijo Sherlock. Marcel rehuía de caer en la desesperación. Escribía; "existe realmente una correlación dialéctica ínfima entre un optimismo de progreso técnico y una filosofía de la desesperación". Y ello sucede así porque "la desesperación consistió en reconocer la ineficacia última de las técnicas". La pista problemática, entonces, amagaba con la desesperación o, si uno se sobreponía a ésta, con la anulación definitiva de las sesiones espiritistas a las que Holmes, como buen hijo de Conan Doyle, era muy afecto.

La cuestión estaba, por tanto, en saber cómo seguir la "pista del misterio", sin caer inesperadamente en la "pista problemática" o en la "pista de la desesperación". Y he aquí que Jaspers, con su "requerimiento" incondicional, con su concepción de que la trascendencia o Dios "llama" al hombre, lanza su "¡Hey!" estentóreo a los humanos, le brinda una salida luminosa al Holmes existencialista. Holmes comprende que hay que dejar de ser sólo un sabueso canino, dejar de depender de las narices, para atender mejor al "requerimiento" jaspersiano. Mediante esta atención a la "llamada" se podían adquirir todos los merengues espirituales de la "pista misteriosa". Al mismo tiempo que esto, Holmes descubrió el método apropiado; el recogimiento. Como ya tenía la seguridad de que la "pista misteriosa" le llevaría al ser, había que elevarse a lo meta-problemático; y esto sólo podía hacerse (ya que lo meta-problemático "es certeza, es garantía de sí"), por un procedimiento que nos desprenda o nos desprenda de la

experiencia". Este despegó (que debe ser real, no abstractivo) sólo podía darse en el recogimiento. ¡Eureka! El recogimiento, que tendrá la virtud de encarar a Marcel con su *grund* anímico, debe ser deslindado del para sí hegeliano y de la intuición bergsoniana para llegar a la presencia, a la fidelidad, etc. Por medio del recogimiento, se entusiasma Holmes, "la santidad es la verdadera introducción a la ontología". Holmes, en todas sus pesquisas, es precavido. Teme que de pronto aparezca "la sombra de la traición que a mi parecer envuelve todo nuestro mundo humano como una niebla siniestra". No quiere caer en el camino del problema, no quiere perder "como el hombre moderno" el sentido ontológico. De repente, la acción: Holmes mata, a diestra y siniestra, a psicólogos que porfían en problematizarlo todo, materialistas históricos que pugnan por la supresión de clases, por el adelanto científico, por la liberación del hombre. Marcel abate la reflexión, destruye el juicio y, con su lema genial ("en filosofía no se piensa") se identifica con el ser, desentraña el misterio ontológico, descifra, por fin, el terrible jeroglífico. Fue entonces cuando Sherlock Holmes reveló que su cerebro, al mismo tiempo que solucionaba el misterio ontológico, se hallaba, sin misterio para nadie, al nivel de la locura.<sup>1</sup>

### **DIOS, EL DIABLO Y LA FILOSOFIA EXISTENTIVA DE JASPERS**

El pensamiento filosófico, según Karl Jaspers, uno de los filósofos existenciales de más personalidad, es anterior a todas las ciencias, a todas las disciplinas que trabajan con las cosas, con lo particular. La filosofía presenta las siguientes manifestaciones; 1.- Es inherente a todos. "Tenemos que librarnos, dice el autor,

de la idea de que el filosofar sea en sí y esencialmente una incumbencia de profesores. Es una cosa del hombre tal cual es..."

2.-Tiene uno que pensarlo, no que se la piensen. Pone Jaspers varios ejemplos de niños que mueven su pensamiento ante problemas filosóficos. "Un niño, escribe refiriéndose a una especie de pequeño Fichte, manifiesta su admiración, diciendo: me empeño en pensar que soy otro y sigo siendo siempre yo".

3.- Se presenta hasta en los enfermos mentales en los que "pasa a veces -raras- como si se rompiesen las cadenas y los velos generales y hablase una verdad impresionante. 4.- Es necesaria, porque hasta "quien rechaza la filosofía, profesa también una filosofía, pero sin ser consciente de ella".

'La busca de la verdad, añade más adelante, no la posesión de ella, es la esencia de la filosofía". "Sus preguntas son más esenciales que sus respuestas". El fin de la búsqueda es la plenitud, alcanzada a veces, pero que no es una certeza anunciada.

Los orígenes de la filosofía son tres; el asombro, la duda y la situación límite. Esta última constituye una tesis que se ha hecho famosa en la filosofía contemporánea. Todos estamos en una situación. Podemos cambiarla, yendo de una situación a otra; pero hay posiciones -las situaciones límite que no se pueden optar o dejar de elegir, que son, dicho con una terminología clásica, necesarias: morir, padecer, luchar, etc.; hay, con respecto a ellas, dos posibles actuaciones: aceptarlas o negarlas; si se las niega -y se vive distraído de la muerte, por ejemplo- se lleva una vida de insinceridad ontológica.

Hay dos clases de requerimientos; los condicionales (como la autoridad, el placer, o sean los llamamientos que nos hacen las

cosas) y los incondicionales (que son los llamados de la trascendencia). "Lo incondicional, asienta Jaspers, no es lo que se quiere sino aquello desde lo cual se quiere". La tesis propiamente existencial de este filósofo aparece cuando afirma que la relación con el requerimiento incondicional (Dios) no mana de una esencia, de una receta que nos obligara a ponernos en contacto con lo Circunvalente, sino que nace de la libertad. "Donde hay libertad, dice, me doy cuenta de que tengo bases incondicionales". De aquí parte para fijar una ética de lo incondicional, en que todo lo condicionado sería moralmente desdeñable. Para llegar a lo incondicional -a lo Circunvalente o a la Trascendencia-sólo existe el camino de leer esa "escritura cifrada" que es la metafísica, con el lente de la "fe filosófica".

Después de esta somera exposición del opúsculo de Jaspers, haremos una crítica aún más somera. La filosofía existencial de este pensador puede ser denunciada con mayor facilidad que otras como idealista y religiosa. Después de ubicarse en las posiciones filosóficas común y corrientes de la correlación del equilibrio y de la igualdad epistemológica del sujeto y el objeto, y de afirmar, como los idealistas subjetivos, que el ser exterior "existe para nosotros en la compleción del significar", Jaspers se confiesa partidario -y esto no riñe con su filosofía existencial- del hiato insalvable entre el fenómeno y el noúmeno, "ningún ser conocido, necece, es el ser en sí y en su conjunto. La fenomenicidad de la existencia la puso Kant perfectamente en claro". Como la esencia de la filosofía es, para Jaspers, preguntar más que responder, y la esencia de la fé responder más que preguntar, su fe filosófica es un juego de preguntas y respuestas; de preguntas decimos nosotros, cercanas a lo racional; pero de respuestas francamente irracionales y gratuitas, reflejo de un

modo de vivir en que la tradición religiosa, (ángel de la guarda del capitalismo) es una verdadera institución para confundirlo todo y no dejar levantar la cabeza a lo que verdaderamente importa. Jaspers no es, sin embargo, nada ingenuo; si cree en Dios o en la Trascendencia no olvida al Diablo, a lo "Circundante" con cola; el requerimiento incondicional mueve a la fé filosófica y nos pone en el corazón a Dios y a sus legiones celestiales y en la cabeza al Diablo y a sus ejércitos de azufre. Karl Jaspers dice; "el concluir la existencia del demonio parece tan convincente como concluir la de Dios". Dar al Diablo lo que es del Diablo y a Dios lo que es de Dios.

Este idealismo religioso por fortuna no hay que desentrañarlo con dificultad, siendo que Jaspers nos facilita el trabajo y sinceramente nos confiesa que "Mientras el mundo es algo evanescente [recordemos su kantismo al respecto] lo que hay de real en esta evanescencia es Dios y la "existencia". El breviario de Jaspers debería llevar como subtítulo algo así como: "para leerse sólo desde el púlpito" y debería finalizar con ese punto final emocionado que es Amén.<sup>ii</sup>

### **"LA INTRODUCCION A LA ONTOLOGIA" DE LAVELLE**

Louis Lavelle -uno de los más connotados representantes del grupo Philosophie de l'Éprit- nos brinda en esta obra una visión rápida, pero lo más sustanciosa posible dentro de su dirección, de las categorías que fundamentan la ontología. Este filósofo parece haber bebido no sólo en las fuentes aristotélico-escolásticas, sino en pensadores que, como Bolzano o Brentano, recogen la "filosofía perenne" para oponerla, con nuevos matices e importantes revisiones, a las filosofías alejadas de la tradición.

Este breviario está dividido en dos secciones: en la primera hace una exposición esmerada de las tres categorías ontológicas; el ser, la existencia y la realidad. En la segunda, presenta las categorías axiológicas: el bien, el valor y el ideal. Con estas divisiones triádicas, con esta pedagógica "epidemia del número tres", como decía Spengler, afirma Lavelle que el todo es aprehendido; como fuente, en el ser; como acto, en la existencia y como efecto en la realidad. Este autor aduce, reproduciendo de su obra *La Dialéctica del Eterno Retorno*, las siguientes palabras, que el ser es como "la fuente de todos los modos posibles de participación, la existencia, como el acto de todos los modos de participación en el ser en cuanto se efectúa un ser capaz de decir "yo" y la realidad como... un ser dado". La primera categoría ontológica es "el ser de cada cosa en su concreción misma" y, por ello, es anterior a la oposición abstracto-concreto. La existencia se caracteriza, frente al ser, como un "poder ser", es la "potencialidad misma del todo del ser". Lavelle piensa, coincidiendo en esto con toda la filosofía existencial, que a la existencia, libertad vuelta al futuro, al presente-futuro, "no puede confundírsela con el fenómeno", no puede, como diría Sartre, cosificársela. Asienta, afirmación puramente existencial, que la esencia no está preformada, que la esencia es anterior a nosotros (o sea el ser) nos libera de la necesidad. Pero, a pesar de elegir este punto de vista, Lavelle, a manera de meditación interior, se pregunta cómo es posible que la existencia, realizando o actualizando sus esencias, actúe; y dice que hay tres posibilidades de relación entre esencia y existencia; 1.-Una armonía preestablecida. 2.- Una preferencia (que implicaría, en alguna medida, una esencia anterior a la existencial. 3.- Un azar que califica como incomprensible. A pesar de estos molestos escollos de toda franca teoría existencial Lavelle prosigue

caracterizando a la existencia como "una ambigüedad de posibilidades". Lavelle cree que la realidad, la tercera categoría ontológica, es un cúmulo de esencias realizadas, lo que nos hace ver que este filósofo, es una especie de existencialista del yo y de esencialista de las cosas. El ser es eterno, la existencia temporal y la realidad instantánea; si el ser es aquello en lo que no hay diferencia entre lo posible y lo actual, la existencia participará del ser siendo lo posible y la realidad hará lo mismo siendo lo actual. Cuando se tratan de manera aislada cada una de estas categorías nacen el panteísmo, el idealismo y el materialismo, tres posiciones que le parecen al autor viciosas e incompletas. El ser es objeto de la ontología y de la metafísica, la existencia de la psicología -o de la fenomenología- y la realidad de la física. Arguye Lavelle, al comenzar la segunda parte, que ontológicamente, no hay distinción entre las tres categorías mencionadas y las categorías axiológicas. Al ser eterno, posible-actual, corresponde el bien; a la existencia, temporal, caracterizada como poder-ser, corresponde el valor, y a la realidad, momentánea, contrapuesta a lo que existe, corresponde el ideal; más la relación entre cada una de estas categorías es diversa. Lavelle expresa esto diciendo; "Así como hay entre el ser y el bien una simetría de hecho que oculta su identidad absoluta, y entre la existencia y el valor una simetría imperfecta que abra la plaza a la iniciación de la libertad, hay en lo real y lo ideal una simetría inversa que da al uno lo que le falta al otro".

A pesar del relieve de la segunda categoría ontológica de Lavelle (o sea la existencia) no es conveniente designar a este pensador como existencialista, porque la categoría preeminente de las que nos brinda es, sin lugar a dudas, el ser; pero éste no se identifica

con ellas sino que las rebasa, las desborda y, por trascenderlas, puede recibir el nombre de Dios. A Lavelle se le ha llamado, por eso mismo, un "esencialista existencialista"; esencialista porque, a la manera cartesiana, cree hallar, en su propia existencia, una alusión objetivizante al ser perfecto de Dios; existencialista porque, como Heidegger, ve al ser humano como potencia, temporalidad. Ya con todo lo anterior, no comprende uno por qué piensa Lavelle haber superado el dilema idealismo-materialismo, siendo que cae, de manera abierta, en el idealismo. Ya desde el orden en que Lavelle nos presentó las categorías encontramos una manera idealista de verlo todo. ¿Por qué Ser, Existencia y Realidad y no, por ejemplo, Ser-Realidad y Existencia? ¿Por qué en vez de afirmar tácitamente que "En un principio era el Verbo y después la existencia y la realidad, no afirma que en un principio era el Ser-Realidad y luego la existencia? Nosotros no pensamos discutir paso por paso las tesis de este filósofo; no tenemos ni interés ni espacio para realizarlo; pero si nos gustaría, para terminar, hacer algunas breves aclaraciones respecto de esta filosofía. Más que discutir las ideas, vamos a denunciarlas, a mostrar qué es lo que guardan tras los velos pudorosos de su "tercera posición".

A pesar de que fluctúa un poco, como muchos cristianos, entre el idealismo objetivo y el subjetivo, a pesar de que tiene afirmaciones como ésta; "Es, pues, el yo, quien, en el momento en que se descubre a sí mismo como inserto en el ser del todo e introduciendo una distinción entre el ser que es él y el ser que no es él, pero que no tiene sentido más que para él, permite fundar la dualidad de la existencia y la realidad"; o esta otra; "la palabra existencia implica, no un desfavor hecho a la esencia, sino la imposibilidad de tenerla en cuenta de otra manera que en el

acto con que la asume un individuo", a pesar de ello, Lavelle acaba por asentar un idealismo objetivo. Dios o el ser trascendente es el núcleo o la fuente de la que participan, como en la filosofía neoplatónica de la que se haya influido, tanto la existencia como la realidad. Esta última no depende de la existencia más que en el sentido de una estricta correlación gnoseológica; depende, sí, de Dios, del ser que "es secreto y no manifiesto", lo que nos hace ver que la realidad no es libre e incondicional, sino que está condicionada por lo espiritual: el espíritu antecede ontológicamente, desde una misteriosa trascendencia que juega eternamente a un escondite metafísico, a todo lo demás. La tercera posición es, aquí, una máscara verdaderamente mal puesta, un idealismo que no supo disfrazar.<sup>iii</sup>

**Vida Cultural,**  
**Órgano de la Biblioteca "Alfonso Reyes",**  
**de Ciudad Sahagún. Hidalgo**  
**Año 1 -Octubre de 1960- No. 2**

---

<sup>i</sup> Gabriel Marcel. Posición y aproximaciones al misterio ontológico.- Imprenta Universitaria. 1955.- México. D. F., 88 pp.

<sup>ii</sup> Karl Jaspers. La Filosofía desde el punto de vista de la existencia. Fondo de Cultura Económica. 1953. 151 pp.

<sup>iii</sup> Louis Lavelle. Introducción a la Ontología. Breviario del Fondo de Cultura Económica. México. 1953. pp. 135.